



XLIII

QUERÉIS hacer de esta nación descentralizada una nación cesarista? Si así lo hacéis, la imposibilitáis para la defensa de sus fronteras. Por cada hombre que se sacrifica en aras de la humanidad, hay ciento que se sacrifican en aras de la patria, como en aras de la familia; por cada ciento que creen en su patria la nación entera, hay desgraciadamente mil hombres que tienen por única patria el espacio donde se disipa el humo de su hogar y se extingue el eco de la campana de su iglesia. Si examinamos el pueblo, encontraremos que después de los sentimientos de familia, los más arraigados en su corazón, vienen á ser los

sentimientos locales. ¿Por qué razón? A todos nos sucede en mayor ó menor grado lo mismo. Mucho amamos la nación, su tierra, su suelo, la lengua en que vertemos nuestras ideas, las obras de nuestros grandes artistas, los nombres de nuestros sabios, que brillan como estrellas fijas en nuestro horizonte, y las hazañas de nuestros héroes; pero ¡ah!, que todos amamos más el hogar donde se meció nuestra cuna y vimos dibujarse la sombra de nuestros padres; la ancha chimenea donde la abuela se sentaba repartiendo por igual los beneficios entre sus tiernos nietuelos; el sitio que fué testigo de nuestros primeros amores; el templo donde se eleva con el incienso nuestra primera oración; el campo por cuyos espacios discurrieron cual nubes de mariposas nuestras primeras ilusiones; el sepulcro que encierra los restos de nuestros antepasados; la campana que plañe en los funerales de los difuntos y canta en la alegría de los vivos; que por esos peñates han sido el paso de las Termópilas, el sitio de Jerusalén, el suicidio de Sagunto y de Numancia, el incendio de Moscow, los esfuerzos increíbles de Zaragoza y de Gero-

na, todos los holocaustos y todos los sacrificios por la patria.

.....
 ¿Queréis una democracia demagógica?
 ¡Ah, señores! Si yo fuera elocuente, si yo tuviese las lenguas de fuego llovidas por el espíritu divino sobre la cabeza de los Apóstoles, si yo poseyera esa luz de la inspiración, si yo pudiera recoger el genio de la palabra que vaga por este recinto que tan grandes oradores ha suscitado, y pudiera prenderla á mis labios condensándolo en una frase, os rogaría rendido y casi de rodillas que no produjeráis la reacción, porque trae las revoluciones; que dierais seguridad en el puerto de todas las libertades á la santa madre que llora las insensateces de sus hijos, al objeto de nuestro culto, al ídolo de nuestra vida, á nuestra hermosa y desgraciada España.

(De un discurso pronunciado en el Parlamento el 17 de Noviembre de 1876 contra el proyecto de la ley provincial y municipal.)